

Bayer, Halliburton y Merrill Lynch, entre "las peores 10 empresas de 2003"

DAVID ZUÑIGA

PÁG. 20

Repelen rebeldes haitianos ofensiva de Aristide; reportan 14 policías muertos

PÁG. 29

México necesita ingenieros y gente para la producción, no filósofos: STPS

FABIOLA MARTINEZ

PÁG. 36

Vuelven cientos de pelícanos al lago de Guadalupe después de tres decenios

□ Denuncian muerte de un centenar de tortugas por exploración de Pemex en aguas de Campeche

SILVIA CHAVEZ Y LORENZO CHIM

PÁG. 30

HOY

masiosare

La jornada

semanal

| | |
|------------------------------|----|
| JOSÉ AGUSTÍN ORTIZ PINCHETTI | 11 |
| GUILLERMO ALMEYRA | 18 |
| NÉSTOR DE BUEN | 18 |
| ROLANDO CORDERA CAMPOS | 19 |
| ANTONIO GERSHENSON | 19 |
| JOSÉ ANTONIO ROJAS NIETO | 22 |
| ANGELES GONZÁLEZ GAMIO | 34 |
| CARLOS BONFIL | 4a |
| BÁRBARA JACOBS | 5a |

OPINIÓN

MAR DE HISTORIAS

Dulce y amargo

■ CRISTINA PACHECO

Marcos lanza una moneda y la atrapa en el aire. Permanece inmóvil, con el puño cerrado, hasta que escucha la voz de Artemisa.
 —¡Aguila!
 Marcos abre la mano y, sin ver, pone la moneda entre los platos.
 —¡Ganaste!

Divertida con la broma de todas las noches —una falsa apuesta que le permite conversar con Marcos— Artemisa se acerca y hunde la propina en la bolsa de su delantal. Se dirige a la barra y comienza a introducir palillos en un envase de salsa Búfalo. Sin suspender su tarea, pregunta:
 —¿Cuándo vuelves?
 —Pronto —dice Marcos, ocupado en abotonarse la chamarra.
 —Eso dijiste la última vez y desapareciste una semana.

El reproche disimulado le provoca a Marcos una sensación indefinible que lo alegra y lo incita a jugar, como cuando era más joven y se encontraba con Elsa, su primera novia, en la tlapalería La Cordillera.

El establecimiento ya no existe, Elsa desapareció, pero su recuerdo está a la vuelta de todas las cosas: una canción, un olor, la silueta espigada de Artemisa.

—No puedo venir a diario.
 —Ni te lo estaba pidiendo—. Con el pretexto de ofrecerle el palillero, Artemisa vuelve a la mesa de Marcos. —Ya, en serio, ¿por qué no habías venido?
 —La chamba.
 —¿Y qué has pensado del trabajo que te ofreció tu hermano?
 —No me late.
 —¿Te digo una cosa? ¡Mejor! Hacer negocios con la familia nunca sale bien.

—Puede que tengas razón—. Marcos se sienta. —Con este frío, se me antojó un café. ¿No te importa preparar otra cuenta?
 Artemisa hace un guiño y mira hacia un cartel clavado en la pared:
 —Aquí, ya sabes: "al cliente, lo que

pidan". Mientras acciona la cafetera, sigue hablando: —¿Qué dijo tu hermano? ¿Por qué no quisiste trabajar con él?

—Nada. Entendí mi razón: sentí lástima de abandonar a los viejos.

—No se hubieran quedado solos por mucho tiempo. Por como me has descrito al director, estoy segura de que enseguida habría llevado a otro que ocupara tu puesto.

—No es tan sencillo.

—Tampoco creo que sea muy difícil—. Artemisa llega con la taza humeante: —¿Cómo es tu trabajo en el albergue?

—Recibo a los ancianos, les asigno una cama y su lugar en la mesa, evito que se peleen y a veces los ayudo a bañarse—. Marcos reflexiona unos segundos: —Lo único que no me gusta es vigilarlos para que no se roben las cobijas cuando salen por la mañana.

—Aquí es igual, tengo que ponerme muy abusada para que los clientes no se vayan sin pagar o me roben algo.

Marcos da una mirada general al restaurante:

—¿Qué pueden llevarse?
 —No te imaginas: las servilletas de papel, los tenedores, las azucareras.

—Pero si son de vil plástico.

—Ya me robaron una y espero que no vuelva a sucederme.

—Nunca me lo habías contado.

—Fue hace mucho tiempo, en Cantaclaro, el primer restaurante donde trabajé. El día que llegué mi patrón me leyó la cartilla: "Lo que falte en la cuenta o en las mesas que atiendas, lo agarro de tu sueldo". El pinche viejo me pagaba cien pesos a la semana. Con uno que me quitara ¡me jodía!

—¿Qué cabrón!

—Mejor di ¡que patrón! En este ramo todos son iguales, pero aquel se pintaba solo. Imagínate cómo habrá sido que duré

con él menos de quince días.

—De seguro quiso meterte mano.

—Lo hubiera preferido... Fue por lo de la azucarera: se portó como un cerdo, si no es que peor.

—Ya, cuéntame.

II

Artemisa ocupa la silla frente a Marcos y juega con la cuchara húmeda de café mientras se decide a hablar:

—Era Viernes Santo. En el restaurante había muy poca gente. Como me choca estar de ociosa, decidí pulir las ollas. En eso me di cuenta de que una señora metía una azucarera en su bolsa. Enseguida recordé la advertencia del patrón y corrí a decirle lo que acababa de ver—. Artemisa se lleva la mano al pecho y frota la medalla que la adorna: —Híjole, Marcos, si me condeno será por lo que hice aquella noche.

—¿Dar el pitazo? No te quedaba de otra.

—Si hubiera sabido lo que iba a hacer el patrón. Detuvo a la señora y la obligó a enseñarle todo lo que traía en su bolsa. Cuando apareció la maldita azucarera, en vez de llamarle la atención y dejarla ir, me mandó por la patrulla. Nunca olvidaré la forma en que la mujer se agarró de mi brazo y me suplicó: "Señorita, no vaya, no me haga eso, por lo que más quiera". Como temía perder el trabajo no le hice caso a la pobre.

Marcos intenta decir algo, pero Artemisa se lo impide:

—Cuando regresé vi a la mujer hincada. Alcancé a oírlo cuando dijo que se había robado la azucarera para endulzarle el té a su hijo enfermo. El patrón soltó una carcajada porque no le creyó.

—¿Tú sí? Pues qué tonta. Si alguien entra en un restaurante es porque tiene dinero, aunque sea para un refresco o un café.

—La señora nada más había entrado al baño. Me pidió permiso y la dejé pasar. Cuando salió tomó la azucarera, la vi y ya sabes lo demás.

—¿Llegó la patrulla?

—Sí. Los policías, como eran amigos de mi patrón, por quedar bien con él le pegaron un buen susto a la mujer. La espantaron diciéndole que había cometido un delito que ameritaba setenta y dos horas de arresto o doscientos pesos de multa.

—¿Qué perros!

La mujer volvió a pedirme ayuda: "Dícales que les regalo mi bolsa, mis zapatos, con tal de que me dejen ir. Comprenda: tengo a mi niño solo". Antes de que yo pudiera hablar, el patrón le arrebató la bolsa y la echó en la basura. Luego le ordenó que se largara y la amenazó con que, si volvía por esos rumbos, iba a ordenar que la detuvieran—. Artemisa toma la taza de café: —¿Me regalas un traguito? Se me secó horrible la boca nada más de acordarme.

—No es para tanto. ¡Olvídalo!

No puedo. Antes de irse la mujer me miró. No fue con odio ni rencor, pero me hizo sentir asco de mí—. Artemisa suspira: —A la mañana siguiente no me presenté en el Cantaclaro. Pensaba que si veía a mi patrón iba a matarlo.

—¿Por lo que le hizo a la señora?

MUJERES EN RUTA, ALTERNATIVA CAPITALINA



MARIA MELENDREZ PARADA

Un grupo de 47 conductoras logró lugar para conducir microbuses que recorren Reforma e Insurgentes. Necesidad, desempleo o desafío al "machismo" son algunas razones de las beneficiarias de este plan del GDF y las rutas 1 y 2

LAURA GOMEZ FLORES

PÁG. 35